



Seix Barral

Suzie Miller

Prima facie





Seix Barral Biblioteca Formentor

Suzie Miller

Prima facie

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Título original: *Prima facie*

© Suzie Miller, 2023

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Este proyecto ha sido apoyado por el Gobierno de Australia a través de Creative Australia, su principal organismo de asesoramiento e inversión en arte

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-322-4433-9

Depósito legal: B. 1.225-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

Purasangres. Todas y cada una. Listas para la carrera: los músculos en tensión, acicaladas con trajes de diseño, caros pero contenidos, de color gris o azul marino, la clásica camisa blanca, togas negras. Esta élite de mujeres juristas tiene cierto porte arrogante, una manera irónica de hacerse con el espacio, la cartera colgada en bandolera del hombro. Pintalabios rojo o natural, la cantidad justa de rímel. Pendientes bonitos y botas de diseño o esos tacones atrevidos que se compraron en un viaje al extranjero. Las observo a todas, llevo años haciéndolo. Las copio. Soy buena imitadora. Al final, consigo que ser abogada se me dé mejor que a las que han nacido en la profesión. La élite de mujeres juristas ejerce la abogacía de forma distinta a los hombres, con diferencias sutiles, y tardo un tiempo en identificar la variedad de maneras que tienen de hacerse dueñas del espacio. Todos los pequeños detalles constituyen un código secreto que significa: «Estamos aquí, pero lo hacemos a nuestra manera, no como esos viejos abogados gruñones del pasado». Y estos detalles se acumulan a medida que ganas confianza, a medida que te adueñas de la sala de un juzgado.

En los tribunales, las tradicionales bolsas de color granate o azul de los abogados se colocan como perros fieles junto a sus propietarios: las azules son para los novatos y los que llevan menos de veinte años en la profesión; las de color granate son una medalla de honor que un King's Counsel o KC (profesionales con décadas de experiencia y especialización que han recibido ese reconocimiento por su excelencia y liderazgo en su campo) presenta a un abogado a modo de elogio. A mí me concedieron una de las granates y la atesoro, pero la uso sobre todo con intención irónica. De tela suave, gruesa, con dos cuerdas blancas de cierta longitud y textura que hacen de asas, ostenta tus iniciales bordadas a mano en la única fuente permitida; el forro está aprobado por los tribunales. Tiempo atrás, las bolsas de los abogados eran un objeto de orgullo, y se supone que servían para cargar los archivos y los materiales que se usaban en el juzgado; puede que hace siglos fuesen útiles, pero hoy en día, en realidad, sirven para aparentar: símbolos de la élite que se pasan de padres a hijos varones. De vez en cuando, una hija recibe la bolsa de su padre, pero esas abogadas, las que han crecido en una familia de juristas, no tienen la misma relación incómoda con estos objetos que tengo yo, y tampoco le tienen a la profesión el mismo amor que yo. No la ven como una herramienta de poder como yo siempre he hecho, no se aferran a ella. No cabe duda de que saben que implica poder, pero la mayoría se han metido a juristas como el que se sienta en un viejo sillón de cuero, y lo consideran más una especie de negocio familiar y no tanto el escenario de la lucha desesperada por la justicia.

Identificar a estas mujeres es fácil. En general, no se dedican al derecho penal, no hacen nada que pudiera

mancharles las manos. Nada arriesgado. Y si optan por el derecho penal, tiende a ser en alguna de sus versiones más mansas, a menudo más por curiosidad que por su trayectoria vital, más por la emoción que por el deseo de luchar del lado de los clientes que habitan los escalafones más bajos de la sociedad.

Para las que no nos preocupamos mucho por los accesorios como esa bolsa, una cartera de cuero es un mensaje mucho más adecuado: somos seguras, nada nos asusta; es el símbolo de haber superado con creces la necesidad de la mantita de seguridad, de la medalla de honor.

En cambio, hay cosas que todas compartimos: la peluca de crin de caballo que cubre peinados bien hechos y de colores cálidos y que, al final de un día largo, y por desgracia, nos deja a todas las abogadas con el pelo igual de mustio y chafado. Algo que los hombres que nos antecedieron no previeron cuando la consagraron como vestimenta jurídica. La única manera que tienen los hombres de diferenciarse entre sí es por el color de la corbata; de tanto en tanto, cabe añadir unas gafas inusuales o un reloj interesante.

No necesito más que un vistazo para saber quién es quién entre los que están en el vestíbulo del juzgado. Las causas que han llevado, ganado, perdido; los juicios que están programados para hoy. Si se trata de un grupo concreto de abogados, entonces la cosa va de administración empresarial y los abogados de las empresas que los han contratado los siguen con carritos cargados de archivadores blancos.

Y luego estamos las que tomamos el ascensor para subir a los juzgados de lo penal. Damos vueltas con la cabeza bien alta. Todas entrenadas y listas para el esprint.

En tensión, pero sin nervios, como un caballo: entusiasmadas, inquietas. Esperando el disparo de salida. La primera en caer pierde.

Entro en la sala con mi cliente y me fijo en un puñado de agentes de policía que rodean al abogado de la acusación, que no es otro que Arnold Lathan. Bien. Me alegro de que sea él; me atrevería a decir que eso convierte el caso en uno que podríamos ganar. Lo saludo con una breve inclinación de la cabeza, y él me devuelve el saludo. Me exalto, pero tengo que mantener la calma y no emocionarme demasiado. Arnold siempre viene preparado, aunque, una vez está todo en marcha, no es tan rápido. No reconozco a ninguno de los policías. Eso también está bien: no tendrán ni idea de qué esperar de mí.

Mi cliente se rezaga. Tony. Es un tío grande, alto. No es la primera vez que lo represento, pero sí la primera en un asunto de este tipo. La acusación de robo y agresión se apoya únicamente en la declaración de un hombre, uno con el que Tony antes jugaba al fútbol. Como testigo, su fiabilidad es dudosa, ya que de esa época le guarda un rencor enorme. Tony no le cae bien, lo menosprecia, y en la declaración omitió los insultos y las agresiones que le dedicó. Es evidente que la policía se creyó su historia, y por eso estamos aquí. Tony se ha vestido como yo le dije, pero sigue sin dar el pego. Un traje de Primark, una camisa barata cualquiera y una corbata que deben de haberle dado gratis con la camisa. Al menos lo ha intentado. Se ha escondido todos los tatuajes bajo una capa de poliéster. Bien. Siempre me impacta el momento en el que estos tipos duros están a punto de entrar en la sala: están nerviosos, aunque eso sorprenda. Y Tony es igual. En la calle mandan ellos, se sienten seguros, son arrogantes, entienden todas las señales; pero aquí las señales son distintas, y

todas y cada una dicen: «No tienes poder». Le dije a Tony que se trajera el cepillo de dientes y hace un rato me ha dicho que lo ha traído. De verdad. Se lo ha sacado del bolsillo: uno azul del supermercado Tesco; en las cerdas tenía pelusa del bolsillo de la chaqueta nueva.

—No, Tony, es una manera de hablar.

—Pero tú me dijiste...

—Es una expresión que usamos los abogados.

No me quita ojo de los labios, intenta descifrar de qué le hablo. Se lo explico.

—Significa que la policía ha preparado bien el caso.

—Pero me dijiste...

—Tony, ¡no te dejan llevarte tu propio cepillo de dientes a la cárcel!

—¿No?

Me observa buscando señales esperanzadoras.

—No te asustes todavía.

Tony tiene miedo. Miedo como un niño pequeño. Es normal. Él no vive estas cosas a diario, no le resulta una situación conocida. Lleva despierto toda la noche, bebiendo y vomitando. Ha tenido que planchar la camisa y pedirle a su novia o a su madre que le aten la corbata. Seguro que ha venido en tren y se ha comido una hamburguesa del McDonald's de aquí al lado, sin saber dónde va a dormir esta noche. Esto es gordo; si lo condenan, podrían encerrarlo varios años.

La verdad es que asustarlos tiene cierta utilidad. Te escuchan con más atención, la impresión que les causas es mayor y sirve como colchón en caso de que perdamos. Significa que, en cuanto saben que la cárcel es una posibilidad, tú eres todo lo que tienen. Si hoy salimos de aquí los dos juntos, seré su persona favorita. Si lo encierran, no será una sorpresa. Tony me recuerda mucho a mi her-

mano. No encuentra su lugar, está en una situación terrible y parece que solo va a empeorar. Me acerco a él.

—Hola, Tony.

Cuando se apresura a levantarse, veo que está sudoroso.

—¿Estás bien?

—Sí. Sí.

—¿Viene alguien para hacerte compañía?

Se humedece los labios con la lengua. Tiene veinticinco años nada más.

—Mi madre está de camino.

—Bien.

En esta sala, soy lo único que conoce. Se oyen las risas de un grupo de abogados y a otro que llama a su cliente a voces. Tony está rodeado de seguridad y de poder, pero él no muestra ni pizca. Tiene la mirada suave y, por primera vez desde que lo conozco, no masca chicle ni sujeta un cigarrillo entre los labios. Veo al niño que lleva dentro. No al gilipollas del informe policial, el gamberro que bebió demasiado, perdió el temple y ahora está sobrepasado.

—¿Crees que hay esperanzas de que llegue tu testigo?

Su exnovia fue testigo de todo, vio que Tony no fue el primero en soltar un puñetazo.

—No sé. A lo mejor sí. ¿La llamo otra vez?

—Sí, venga. Dile que el juicio está programado para las diez.

Sé que no hay esperanzas. Lleva todo un mes desaparecida. La verdad es que no quiere saber nada del juicio. Le da miedo testificar. A nadie le gusta que lo interroguen. Pero, al menos, si Tony la llama, tendrá algo que hacer mientras espera a su madre. Y a mí me da la oportunidad de revisar los principales puntos, ir al baño, arreglarme la peluca y el maquillaje.

Cuando Tony va a tomar asiento en la sala, coge la silla que hay junto a la mía, en la mesa de los abogados. Tengo que regañarlo. Me vuelvo hacia él, le explico que tiene que sentarse en el banquillo de los acusados y lo mando al funcionario del tribunal. Obedece con resignación, está temblando. El hombre que el informe policial describe como un borracho bruto y violento de bar es este chico de veinticinco años que tiembla como un niño. Las narrativas no se corresponden. La justicia es así. Entra la madre de Tony, se sienta en un banco de los del centro. Ella también está sola. Le manda un mensaje a alguien con el móvil. Le hago gestos para que lo apague. No me entiende. Me doy por vencida.

Me vuelvo a mirar el reloj de la sala. Los presentes empiezan a callarse; el juez llega tarde, pero no mucho. Acaban de dar las diez. Detrás de mí, oigo que los asistentes charlan; ahora que estoy trabajando, eso lo convierto en ruido de fondo. Hojeo la documentación, me sirvo agua de la jarra que hay en la mesa, me coloco bien las notas.

En la sala, como en todos los procesos que llevo, la energía está a tope: este es el momento de justo antes, cuando el espacio que me rodea está cargado de una corriente de emoción y temor. Aquí es donde mis habilidades tienen la oportunidad de lucirse y sacar músculo. Concentro toda mi energía en un mismo lugar, hago que la mesa de la sala sea mi mesa. No hago caso de lo que me rodea, me concentro solo en lo que está por venir. Rostro confiado, sin delatar nada. Gran parte de esto es puro teatro. Tengo todos los pormenores del caso en la cabeza, no hay sitio para nada más. Estoy concentrada, contenida, mantengo la sangre a la temperatura correcta. Justo por debajo del punto de ebullición. Espero. Espero. Y entonces... ¡Pum!

El funcionario de la sala dice:

—Todos en pie.

Todos nos levantamos de un brinco en cuanto entra el juez e inclinamos la cabeza con respeto. Se sienta él, y nos sentamos nosotros. El abogado de la acusación y yo: ambos en tensión, cada uno en su carril, ambos plenamente conscientes de la respiración del otro, pero sin mirarnos siquiera a menos que sea para: «Le cedo la palabra a mi amigo, el abogado de la acusación, señoría». Sin contacto visual.

Se abre la puerta de salida y esto empieza. Es una carrera larga, así que me contengo, sé cuándo debo frenarme. No hay nada peor que saltar demasiado pronto con la intención de marcarse un tanto que al final podría acabar minando la defensa. Empieza la acusación: el abogado se levanta y mira al jurado. Lo mejor que puede pasarle a Tony es que la acusación no tenga mucho que decir, que la defensa sea capaz de socavar las pruebas que presente la acusación y tenga la oportunidad de pedir la absolución por falta de pruebas. Eso significaría que la acusación fracasa y Tony sale en libertad.

Tengo todo el recorrido planeado en la cabeza y, sin embargo, estoy dispuesta a desbaratarlo ante cualquier sorpresa. La acusación se levanta y enumera los cargos que se le imputan al acusado. Desde la mesa de los abogados, miro el banquillo de reojo mientras finjo una indiferencia muy ensayada ante las acusaciones. Mi expresión no delata nada. Estoy sentada sin moverme, con la espalda recta, concentrada en lo que tengo delante, serena, observando, expectante, con los nervios a flor de piel. Todo lo que se enuncia lo proceso, lo interrogo, lo archivo; todo eso, al tiempo que simulo estar aburrida. Respiro. Mirada amable, pero sin dejar de escucharlo todo, de

interpretar todas las señales físicas, de buscar la brecha. La representación teatral no es solo para impresionar a los clientes, no es solo para demostrar quién está al mando, sino que forma parte del juego. Me reclino un poco con la cabeza ladeada, me apoyo en el respaldo de la silla, pero mantengo toda la musculatura en tensión, esperando el momento de saltar.

Entonces entreveo la grieta: el testigo de la acusación se ha relajado y no se limita a contestar a las preguntas, sino que desarrolla las respuestas más de lo necesario. Veo que Arnold, el abogado de la acusación, está tentado de preguntarle algo que sabe que es ambiguo. Esa vacilación es clave. La grieta empieza a abrirse; espera, espera..., dejo que se abra un poco más. Esta es la medida de mi destreza: la espera, la calma precedente.

Y ahí está, el instinto me empuja, me levanto de golpe. Comedida pero clara.

—Señoría.

Lo tengo todo bien situado, y los ojos, todos los ojos me miran a mí. Yo no veo a nadie, pero noto el cambio. Me yergo, espero, y el juez me mira a mí. Oigo mi voz.

—Siento mucho intervenir, señoría, pero creo que mi compañero de mesa, el abogado de la acusación, está dirigiendo el testimonio de su testigo. La acusación se apoya única y exclusivamente en el testimonio de este hombre, de este testigo. Un testigo que, como tal, y aunque la acusación lo dispute, es de una fiabilidad muy dudosa.

Fuerte y segura, explico mi objeción, hago una solicitud para rechazar que el interrogatorio siga por esa senda. El abogado de la acusación trata de no perder el ímpetu, y yo siento la necesidad de seguir hablando, pero me controlo. Menos es más. He dicho lo que tenía que

decir; mejor no darles toda la información. El juez hace una pausa momentánea, como si acabase de percatarse de la energía de la partida, y vuelve a posar la mirada en mí; me conoce, ya me ha visto en acción. ¿Es respeto lo que veo? Hace mucho que no está a este lado del tribunal, pero le encanta la brega, le encanta el debate musculado, y este empieza a tomar forma. Se inclina hacia delante. Acepta la solicitud.

¡Bien! Me felicito en silencio, y cualquiera que me vea no se dará cuenta. El abogado de instrucción que me ha elegido para que comparezca en el tribunal en representación de su cliente está sentado cerca de mí. Es un hombre que lleva poco tiempo como abogado; viene de una buena escuela privada y lleva el corte de pelo más pulcro de toda la sala. No me hace ninguna falta que me ayude, pero él cree que sí, de modo que lee con atención las notas que ha hecho, para estar listo en cualquier momento. Cuando me vuelvo para tomar asiento, veo que Tony me mira desde el banquillo de los acusados. No sabe que acabo de apuntarme un buen tanto, pero lo siente, nota un cambio sutil. El testigo es alguien que Tony antes conocía muy bien, pero después de la pelea no queda ni rastro de esa amistad. Este hombre ha cambiado mucho desde que Tony y él jugaban juntos al fútbol. Lleva una colonia muy intensa y ahora es una especie de agente inmobiliario. Es el cabrón contra el que los Tony del mundo siempre pierden. Para Tony, este hombre es todos los problemas que tiene en la vida, una vida de acumular hostilidades, hasta desembocar en este momento en el que el testigo se sienta en el tribunal e intenta meter a Tony en la cárcel. En cambio, para mí el testigo es solo el testigo, un peón en una partida en la que hay más cosas en juego.

Me siento mientras el abogado de la acusación continúa interrogando al testigo. Ha metido la pata en algún momento e intenta apañarlo como puede. Hay otros abogados en la sala que esperan sentados a que le llegue el turno a su respectivo proceso judicial; están atentos a los argumentos, tienen curiosidad por ver cómo emplea su talento uno de los suyos. Habla el juez.

—Puede interrogar al testigo, señora Ensler.

Este es el momento. El testigo es mío, bien, ahora el testigo es mío. El hombre coge aire, es precavido, me evalúa. Toma en cuenta todo lo que sabe de mí, se fija en la ropa que llevo, en cómo lo miro, en si soy el tipo de mujer a la que puede encandilar o ridiculizar. Mis neuronas mandan señales eléctricas, estas se transforman en palabras. Con mucho cuidado, selecciono frases perfectas. La sala está en silencio, en tensión, expectante. Me deleito en este momento.

Nunca plantees una pregunta cuya respuesta no conozcas de antemano y nunca dejes que la otra parte piense que has perdido la confianza, a menos que forme parte del juego. Me levanto, me tomo unos instantes, me abro la toga y me abrocho la chaqueta. En la sala no se mueve nadie. Me oigo a mí misma en mi cabeza: «Mantén la calma, Tessa, mantén la calma». Con el rabillo del ojo veo que el testigo todavía me evalúa. Le parezco pequeña, joven. Pero no acaba de calarme. Los hago esperar a todos un segundo más de lo previsible y después me lanzo.

Los interrogatorios son la mejor parte. Son puro instinto. Sí, necesitas la información, el mapa que te permitirá avanzar en el trayecto: pero, en cuanto te pones en marcha, tienes que ser ágil. Tienes que ser flexible. Virar en un instante.

Me concentro en el testigo. Estoy serena, lista para la

partida. En cambio, el testigo no tiene ni idea de quién soy. Puede que alguien le haya advertido acerca de mis diferentes tácticas, pero a estas alturas ya se le ha olvidado.

Le hago una pregunta, él se vuelve hacia el juez y la responde al momento.

Le hago la misma pregunta de otro modo, observo su expresión, veo un gesto fugaz. Él repite la respuesta con un gesto desdeñoso antes de echarle un vistazo rápido al juez. Yo repito su respuesta. No miro, pero noto que el abogado de la acusación se revuelve un poco en su asiento.

Recito la respuesta de nuevo, con escepticismo. El testigo me mira a la cara, cree que me he confundido. Hojeo unos papeles, dejo que piense que he perdido el rumbo.

Él interviene, trata de explicar la respuesta con tono condescendiente. Deja claro con la velocidad a la que habla que piensa que «a esta le cuesta un poco entender las cosas».

Yo misma me oigo respirar y, después, oigo una risilla casi inaudible por parte de la acusación.

Eso es bueno. Muy bueno.

Una vez más, hojeo los documentos del archivo, miro a Tony, en el banquillo de los acusados. Se mueve con incomodidad. Bien. Hago una pregunta parecida a la anterior y me fijo en cómo se relaja el testigo. Echa los hombros hacia atrás, mira a su alrededor, sonríe con superioridad. «Creo que esta no sabe lo que hace.» Me fijo en el juez. Inexpresivo. Sin embargo, este juez me ha visto en acción, ha visto lo que hago. Observa la representación en silencio.

Primera pregunta.

Segunda pregunta.

Cara de preocupación ante las contestaciones. Esto

envalentona al testigo. Mira alrededor de la sala buscando público. Me lanza una mirada breve y paternalista y, después..., ¿he visto indicios de flirteo? Reacciono a sus contestaciones inclinando la cabeza, paso páginas, toqueo cosas. Lo observo y sí, sí, allá va.

Dejo que el testigo hable, que hable demasiado. Dejo que el testigo «aclarar» cosas. Bien.

—Gracias por la aclaración, señor. No estaba segura de si...

Y él va más allá. Está en su salsa. Me desprecia con la mirada: «Esta habrá salido de la universidad hace nada; esto no se le da muy bien», piensa. Y ahora el testigo es un pedazo de plastilina, lo tengo en mis manos. Se relaja, piensa que la ventaja la lleva él. Así que ya no va con cuidado, ya no tiene miedo, no está atento.

Dice algo que no concuerda con lo anterior.

Yo asiento y pongo cara de confusión, dejo que me lo explique, pero por dentro estoy alerta. Esta es mi oportunidad de romperle el servicio, aquí es donde me pongo por delante. Me da explicaciones y yo asiento mientras él se entierra más y más.

—Bien, entiendo. Ahora está un poco más claro...

Uy, todavía aporta más información sin que yo se lo pida. Me lo pone demasiado fácil, él solito se ha metido en un buen lío. Me atrevo a volverme un instante y echarle un vistazo rápido al abogado de la acusación. Veo que se lleva un dedo a la frente. Sí, lo sabe. Y yo lo sé, pero el tipo que está a punto de enterrarse vivo no lo sabe: habla y habla. En mi imaginación, doy vueltas a su alrededor, asiento con aprobación. Le pido más aclaraciones.

¡Qué servicial es este testigo! Quiere echarle una mano a esta mujer. Enseguida me fijo en el juez; mi expresión es una máscara, pero el juez sabe. Me vuelvo ha-

cia el testigo. Hay sangre en el agua, y yo dejo que el testigo siga nadando. Ha pasado el punto de no retorno, ahora ya nadie puede ayudarlo.

Cuando acaba, se reclina en el asiento con cara de confiado. Dejo que crea que tiene el control, que ahora mismo se sienta al mando. Dejo que se regodee en la sensación de seguridad.

Entonces inspiro y espiro, me recuerdo que el próximo tramo debo recorrerlo de puntillas, calcular a la perfección el momento del impacto.

El testigo se cruza de brazos. He parado de pasar páginas, estoy de pie, muy quieta y, sin embargo, doy vueltas a su alrededor. El juez y los demás abogados saben lo que va a pasar. Se avergüenzan por él en silencio, pero les encanta, se echan hacia delante. Los asistentes están un poco aburridos, les parezco incompetente, a veces incluso perdida; no tienen ni idea de lo que pasa. Y el testigo, sentado en su silla, el hombre con el que hablo, sigue sin enterarse. No tiene ni puta idea.

—Discúlpeme, solo para que quede claro. Tengo una pregunta más. Espero que no le importe, pero me ayudará a hacerme una mejor composición de la situación.

Durante un brevísimo instante, el testigo clama al cielo, impaciente. Perfecto. Lo necesito justo con esa actitud. Pero si estuviera pendiente del abogado de la acusación, del tipo que está sentado a mi lado, notaría que pasa algo raro. El abogado de la acusación vuelve la cara hacia la mesa. Yo paro de moverme, dejo de remover papeles, de fingir confusión. Miro al testigo a la cara.

Le hago la pregunta.

Un gesto extraño le cruza la cara, mira al abogado de la acusación para que lo tranquilice. El abogado no puede decir nada, pero le ruega con la mirada que sea precavi-

do, le ruega al testigo que no caiga en la trampa que tiene justo delante. Yo lo veo todo y entonces le disparo al testigo cuatro preguntas que son como balas.

Pam, pam.

Pam, pam.

Se le nota la sorpresa en la cara. Aniquilación total. Me mira.

Por primera vez, el testigo ve quién soy. Ve quién soy en realidad.

Lo observo darse cuenta poco a poco de la situación, y lo que sigue es furia. Está furioso conmigo porque le he tomado el pelo. Levanto la cabeza bien alta, dejo que sea consciente de mi poder. Él pensaba que lo tenía todo controlado, pero aquí estoy yo. Me gusta que me haya desdeñado, me gusta que me haya mirado con impaciencia, que haya concluido que soy pésima en lo mío. Todo eso me gusta por este momento. El momento en el que le he ganado la partida y a él no le queda más remedio que mirarme y darse cuenta de que había subestimado por completo la persona a la que se enfrentaba.

Eso no le gusta nada.

Lo veo sudar mientras piensa la respuesta. El público de la sala ya no se aburre. Acaban de ver un interrogatorio en directo, uno tan brillante como los que han visto en la televisión. Noto el cambio, ahora me miran con respeto, con curiosidad. «Es buena.» Pero todavía no he terminado.

Lo primero que hago es mirar a mi cliente. Él me contempla asombrado, hacía rato que se había dado por vencido; me sonrío de oreja a oreja, pero yo sigo como si no lo hubiera visto. Todavía no he terminado.

—Responda a la pregunta, por favor, señor Bateman.

Lo digo con el tono más profesional del que soy ca-

paz. El testigo no habla. Me deleito con este último momento y me tomo mi tiempo. El abogado de la acusación agacha la cabeza hasta que roza la mesa; el caso, por los suelos. Él lo sabe, yo lo sé y el juez lo sabe, pero la representación debe continuar hasta el final. Hago presión con toda la dulzura de la que consigo armarme.

—Señoría, el testigo no responde a la pregunta.

El juez le recuerda al señor Bateman que debe responder a la pregunta. Me vuelvo hacia el señor Bateman y espero. Está arrinconado, y espero. Farfulla algo. Yo me inclino hacia delante.

—Disculpe, no lo he oído.

El juez habla cansado:

—Señor Bateman, debe hablar por el micrófono, para la grabación.

Le hago señas al testigo para que se acerque el micrófono a la cara y sonrío benevolente. A estas alturas, el señor Bateman ya no se fía de mí en absoluto. Responde.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿su respuesta es afirmativa?

El juez se ha hartado, el hombre está destrozado; me dice que ya tengo la respuesta. ¡Así es! Y me gusta. Cuando le preguntan al abogado de la acusación si quiere volver a interrogar al testigo, este niega con la cabeza. Ni siquiera se levanta. No hay nada que hacer para salvar el juicio. El juez le dice al testigo que se vaya y, cuando este se baja del banquillo, intenta hacer contacto visual con el abogado. ¿Qué acaba de pasar?

Está confuso, titubeante, está furioso. Conmigo. Cuando pasa por mi lado, tiene el rostro descompuesto, ni idea de lo que ha ocurrido. Para mí no es algo emocional, el sistema judicial funciona así y ya está. Me levanto de nuevo y solicito el sobreseimiento del caso. Tony no sabe qué está

pasando, pero presente que es algo bueno. Yo me dirijo al juez con neutralidad.

—Solicito que se absuelva al acusado por falta de pruebas, señoría.

El juez es rápido, desestima el caso. Se vuelve y le explica a Tony que las acusaciones no se pueden demostrar y que es libre de marcharse. Tony menea la cabeza y lo mira radiante, pero no se mueve de su sitio hasta que yo lo llamo por señas. Mientras recojo los papeles, me vuelvo y saludo a su madre. Ella también se levanta para marcharse. Los abogados tienen una norma, que es no presumir de una victoria. Todos los que ganan un día pueden perder al siguiente. Ni siquiera lo llamamos *perder*, porque esa palabra nos resulta incluso demasiado difícil de pronunciar; en vez de eso, lo llamamos *quedar el segundo*. Hoy el abogado de la acusación ha quedado el segundo. Inclino la cabeza para darle las gracias y reconocer su trabajo, pero intento no mirarlo a los ojos. Meto la documentación en la cartera, me la cuelgo en bandolera, me desabrocho la chaqueta y me dirijo hacia la puerta de la sala. Todos los que me han visto ganar me observan. Camino sin prisa. Me imagino un aplauso, me hace sentir bien. Cuando llego a la puerta, me giro y saludo al juez inclinando la cabeza. Tengo a Tony y a su madre uno a cada lado; les hago un gesto para que ellos también saluden al juez, y lo hacen. Este pedazo de gamberro y su madre comen de mi mano. Yo soy la que los guía por este sistema extraño y los pone camino de su casa. Cuando ya estamos fuera de la sala, me atrevo a prescindir de los artificios, aunque no de todos, porque todavía necesitan que sea yo la que está al mando.

—Tony, ya puedes cepillarte los dientes en casa.

Él me mira inquisitivo.

—Que puedes irte a casa, Tony. No tenían pruebas. Se ha terminado.

Caigo en que Tony y su madre, a pesar de haber oído al juez sobreseer el caso, seguían sin saber bien cuál era el resultado. La madre de Tony rompe a llorar, me agarra la mano y se la lleva al corazón. De pronto, siento calidez y una extraña cercanía hacia esta mujer y su hijo. Me resulta demasiado familiar. Estoy a punto de flaquear. Esta madre y su niño, el amor tan fuerte que comparten. El alivio que siente es palpable. Me pregunto cuántas noches habrá pasado ella en vela, preocupada por lo que pudiera pasar hoy. También me pregunto cómo lo soporta. No me cabe duda de que Tony volverá a los tribunales, pero por hoy la madre puede llevarse a su chico a casa. No me suelta la mano. Le pongo la otra encima de la suya, la aparto con cuidado de su pecho y poco a poco me suelto.

—Tengo que irme ya, debo preparar otro juicio.

Hay que ser profesional. Me dirijo a Tony:

—En cuanto a ti, no quiero volver a verte aquí nunca más.

Eso se lo digo a un hombre adulto, a alguien que me saca más de una cabeza. Se lo digo a Tony, que sigue con esa camisa mal planchada y ahora tiene manchas de sudor en las axilas. Asiente casi con violencia. No volverá jamás, está convencido. Yo no. Pero ahora mismo me coge la mano y me da un apretón. Este gamberro gigante me tiene todo el respeto del mundo. En este instante, tengo el poder.